

LA ANTROPOLOGIA Y LO COTIDIANO

La segunda parte fue publicada en *UNIVERSITAS Humanística* N° 33

(Tercera parte)

LA COMUNICACION

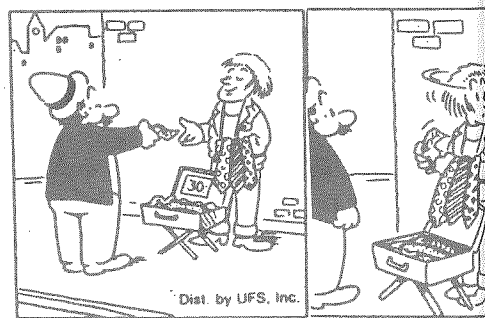
Si alguna pauta de conducta es omnipresente en la vida cotidiana del individuo, es el de la comunicación a través de la conversación o del diálogo callejero. Un altísimo porcentaje de nuestra rutina diaria lo pasamos charlando con otras personas. Cualquiera diría que tenemos muchas cosas que decirnos y que la conversación es un medio de comunicación. Observé muy detenidamente este tema y quiero demostrar que no es así. Que el acto de charlar tiene otras funciones en la vida cotidiana del individuo. Bien se que la comunicación, como concepto, va mucho más allá de la charla personal. Está por ejemplo la comunicación a través de periódicos y revistas. Ya diré algo sobre este tema pero primero deseo aclarar que acá solamente me refiero en forma explícita a la charla interpersonal.

Horacio Calle Restrepo

*Antropólogo, investigador del Instituto
Colombiano de Antropología*

En cuanto a los periódicos y revistas, sobre todo a los primeros, no cabe la menor duda de que estos constituyen un gesto y un acto típico de la vida cotidiana. En su rutina diaria la gente tiene totalmente institucionalizada y rígida la costumbre de dónde, a qué horas, a quién comprarle el periódico, en que forma doblarlo y, qué sectores del periódico leer. Este tema da para una monografía aparte. Acá sólo deseo aclarar algunos puntos que observé al respecto. Muchos individuos no compran el periódico sino por la rutina de comprarlo; se lo llevan para el lugar de trabajo y luego, por la tarde, lo llevan a sus casas sin siquiera leerlo. Muchas de las personas con quienes conversé me reconocieron abiertamente que así era. Hay quienes leen porciones mínimas del periódico: los avisos de cine, el horóscopo, las aventuras o tiras cómicas (y sólo algunas de ellas). Por supuesto que sí hay quienes dicen leer en forma reposada a algunos

comentaristas o editorialistas de fondo, pero parecen una minoría. Una minoría que lee varios periódicos y revistas aparentemente distintos pero que desarrollan los mismos planteamientos. Existe también el acto cotidiano de muchos individuos de todas las clases sociales que no leen el periódico sino "de contrabando". Miran los titulares de la prensa mientras ésta cuelga en los puestos de venta. Al observar este hecho pude darme cuenta de que es muy frecuente y daba lugar, no pocas veces, a altercados con el vendedor ambulante o dueño del puesto. Pasé a dialogar con ellos y siempre me contestaban en forma enfática que era una conducta que les chocaba sobremanera. Se quejan de que es muy recurrente a lo largo de todo el día. Los vendedores cuelgan los periódicos al revés para evitar esto pero la gente se las arregla



torciendo la nuca. No pocos insisten en hojear el periódico. Pero en fin, todas estas observaciones puramente anecdóticas no encuentran su sentido si no se las liga a la función que los periódicos tienen en nuestra cultura. Más que medios de información son mecanismos de desinformación al servicio de determinadas ideologías. De todos modos es interesante ver cómo un mismo titular causa muy distintas reacciones en quienes lo leen. Pero ya dije que todo esto da para un tema aparte y no profundicé en este aspecto de la investigación, dejándolo para otra oportunidad.

La conversación, el diálogo callejero, lo observé asistiendo a cafeterías en las principales vías de tránsito del centro de la ciudad. La mejor hora es la hora pico de las 5:30 a 6:30 de la tarde, cuando estos lugares, por desaseados o incómodos que algunos de ellos sean, se ven repletos de gente: colegiales, oficinistas, amas de casa, etc. que se reúnen allí alrededor de una taza de café, una cerveza, o una gaseosa, porque "tenemos que conversar". Los viernes por la tarde este fenómeno es mucho más denso.

¿Qué observé? ¿Que no se dicen nada! Las frases de cajón son aburridamente repetitivas. Los saludos de rigor y luego el mismo discurso estereotipado según edades, sexos o clases sociales. Al principio esto me desconcertó pues siempre había estudiado en los manuales académicos que el lenguaje tiene por función esencial "facilitar" la comunicación

entre los seres humanos. Al notar lo estereotipado y repetitivo del diálogo callejero en estas cafeterías no pude menos que preguntarme si no sería acaso que la Gran Norma había logrado su objetivo y nos había homogenizado por completo. Algo de esto es cierto, pero también el hecho de descubrir que la conversación no es la comunicación en sí, su meollo, sino simplemente un medio para mantener una relación cara a cara, cuerpo frente a cuerpo, que posibilita y permite otras formas de comunicación mucho más sutiles y ricas. Es como que si la cháchara no fuera sino un medio, una carnada, un pretexto para mantener al otro ahí y poder establecer con él una verdadera comunicación muy sutil. Esto me llevó a consultar mis lecturas y en efecto encontré opiniones bien similares: "la comunicación es sólo un pretexto para otras formas más sutiles... cuando éstas no funcionan, la conversación es algo muerto. Si dos personas tienen interés de comunicar mutuamente, no importa lo más mínimo lo confusa que llegue a ser la conversación. Las personas que insisten en la claridad y en la lógica con frecuencia no consiguen hacerse entender... engañados por la suposición de que la mente es el único instrumento para la transmisión del pensamiento" (Miller, 1960: 296). Y esto es cierto en todos los contextos. Según Kafka "no digo que sea un orador, pero grita como un condenado, y esto basta para mucha gente" (Kafka, 1984:80). O bien "la cosa es que las personas hablen mucho aunque no digan nada... a la gente le gusta la conversación por la conversación misma, aunque no digan nada" (Unamuno 1982: 126).

De pronto descubrí que esta concepción de la esencia o verdad de la conversación era mucho más general de lo que pudiera haberme sospechado y la tesis central hasta ahora queda así: la conversación, le-

jos de ser el alma de la comunicación entre humanos sólo es un medio para establecer otras formas de comunicación que cimentan esa ineludible necesidad nuestra: la sociabilidad. Cuando ésta falla, el aislamiento social repercute en futuras conductas antisociales. La conversación representa pues un anhelo de socializar con los demás, un anhelo cuya satisfacción significa mucho para el hombre. Lo contrario lo frustra como ser humano. Por eso el peor castigo es el ostracismo social no tanto en cárceles sino dentro de la misma sociedad. "Seguimos tendiendo hasta hoy a usar el lenguaje simplemente como un modo de establecer y desarrollar el contacto humano, más que como medio de transmitir mensajes y expre-

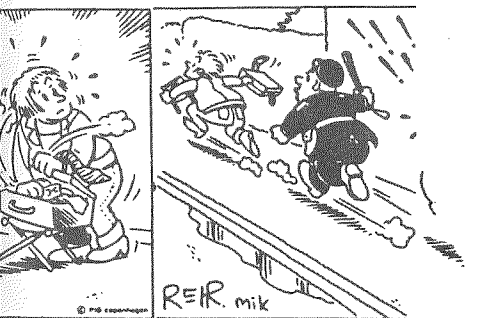
Horoscopo

en su intuición en el romance.
23 de julio al 22 de agosto:
 de tratar de jugarle una mala pas:
 rma de acuerdo a largo plazo ha
 más datos. Organícese mejor.
7 de agosto al 22 de se:
 un esfuerzo por terminar v
 de empezar otros. Busq
 directo a un cliente difíc
 artian sus cartas.
septiembre al 22 de
 as iniciativa en el
 os de un ascens:
 narcha un proy:
 ese de sus s

al 21
 luce d
 obstáculos y
 parte de

al 21
 ganan-
 viejos

de enero)
 inversiones a largo plazo. Tal vez sea hora
 abandonar un romance y respirar aire fres
 Aumente su círculo de amistades.
Acuario (Del 20 de enero al 18 de
 brero) - La ausencia de alguien facilitará t
 concentración. Inversiones, cuentas y negocit
 irán bien. Le sorprenderá una decisión de s.
 pareja.
Pisces (Del 19 de febrero al 20 de mar-
 so) - Hay indicios de un brote de energía. Po
 financiera. Vigile sus



sar sensaciones... el hablar, el discurso, tienen como finalidad primera la sociabilidad... lo que se diga tiene mucho menos de importancia que el hecho de que alguien diga algo, cualquier cosa" (Burgess, 1983:4).

Pero la cuestión no para aquí: se da aun el planteamiento de que el discurso de la conversación cotidiana no es a veces ni tan siquiera un pretexto para la verdadera comunicación sino que es una máscara, una mentira, una negación de la comunicación. Esta visión de la conversación cotidiana como mentira tiene tres aspectos que deseo tratar por separado. En primer lugar está la naturaleza del discurso lingüístico como mecanis-

mo de defensa emocional, como máscara, como mito o autoengaño. Ya he planteado que lo macrosocial sólo es gracias a su relación de dominación de la vida cotidiana del individuo, pero, aún más, que sólo puede crecer (lo cual es su tendencia natural) gracias al incremento de esa dominación. Por eso, en no pocos casos, la vida cotidiana puede llegar a ser tan reducida, tan carente de sentido, que se la crea como libre y emancipada gracias a la actividad de la fantasía en el discurso conversatorio. "Todo lo que esas gentes están diciéndose unos a otros, todo lo que leen, todo aquello por lo que regulan sus vidas carece de sentido" (Miller, 1960:47). Es por eso que nos dice Esquilo: "las palabras son médicos de un alma enferma" (Esquilo en varios, 1982:72).

No en vano se plantea a veces como problema metodológico en la investigación antropológica el uso que siempre se hace de "informantes" de una manifestación cultural determinada. Y bien puede ser que se considere como mejores informantes a aquellos que más deseosos están de hablar de su cultura. Pero como este discurso más que deseo es necesidad, tenemos que por lo tanto la información que nos llega más que visión objetiva de una cultura, es la visión neurótica de la misma. Por eso Freud ha aclarado que "las palabras que usamos cotidianamente no son otra cosa sino magia atenuada" (Freud, 1922:1.014). Es decir, un intento de modificar la cotidianidad dominada y empobrecida a través de la varita mágica del

mero discurso lingüístico. Esta posibilidad mágica se fundamenta en el hecho de que la palabra puede reemplazar la realidad objetiva a la que se refiere. Pero de este hecho meramente referencial (hace referencia a) se pasa ingenuamente a la suplantación total: la palabra se toma por la realidad a la que se refiere. La realidad queda embestida en la palabra. Lo cual me lleva a tratar la segunda consideración del diálogo callejero como mentira.

Precisamente teniendo en cuenta lo anterior es que Freud asegura que "el hombre encuentra en la palabra un subrogado del hecho, con cuyo auxilio puede el afecto ser también casi igualmente descargado por reacción" (Freud, 1922:44). Acá estriba la capacidad terapéutica del lenguaje. El "desahogo" cuando necesitamos hablar con algún amigo. Algunas religiones han utilizado este mecanismo universal del desahogo lingüístico como en el caso particular de la confesión: el sentimiento de culpa (que es cultural, es decir relativo) es desahogado al contarle al confesor los pecados; en este caso el desahogo recibe el nombre de "gracia santificante". Por eso es necesario saber dudar de la palabra. Unamuno es muy claro a este respecto y por eso deseo citararlo con algún detalle: "todo es fantasía y no hay más que fantasía. El hombre en cuanto habla, miente y en cuanto se habla a sí mismo, es decir, en cuanto piensa sabiendo que piensa, se miente. No hay más verdad que la vida fisiológica. La palabra, este producto social, se ha hecho para mentir. La verdad es, como la palabra, un producto social... lo que creen todos... la palabra se hizo para exagerar nuestras sensaciones e impresiones todas... acaso para crearlas... las palabras y cualquier género de expresión convencional como el beso y el abrazo... no hacemos sino representar cada uno su papel. Nadie sufre



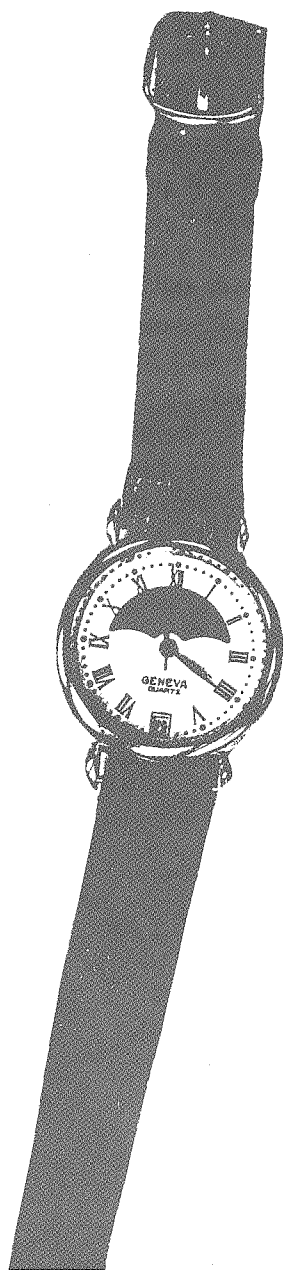
ni goza lo que dice y expresa y acaso cree que goza y sufre. Si no, no se podría vivir. ¡Y en el fondo estamos tan tranquilos!” (Unamuno, 1982: 132). Es claro que este punto se relaciona íntimamente con el anterior. Se trata de crear en la conversación cotidiana un mundo en el que no vivimos pero en el que quisiéramos y necesitamos vivir.

El tercer argumento acerca de la conversación cotidiana como mentira se basa en no poca medida en la hipótesis de Sapir Y Whorf según la cual mi visión del mundo real en el que vivo está condicionada por las categorías conceptuales culturales (es decir artificiales) de mi idioma materno “existimos dentro del contexto de un lenguaje que es nuestra propia invención pero que nos controla” (Cooper, 1979:18). Y por eso el mismo autor sostiene tajantemente que “el lenguaje fue inventado para destruir la comunicación” (Cooper, 1978:10). Esto es muy cierto si se recuerda lo estereotipado, preprogramado y artificioso que es el discurso lingüístico a veces. Se trata de simples fórmulas sancionadas por la cultura, *ad nauseam*, que de tanto usarlas pasan a ser meras fórmulas carentes de toda realidad interior, de todo contenido. O por el contrario, si no se trata del lenguaje de la charla cotidiana sino del más especializado argot científico, bien vale la pena recordar la observación de Freud de que el discurso mientras más abstracto, más esquizofrénico.

Podría parecer que hasta ahora no estoy haciendo sino negando la posibilidad, la validez, el hecho mismo concreto de la comunicación entre personas a través de la charla cotidiana. Es obvio que si alguien me pregunta en la calle, “por favor ¿qué horas son?” y yo le respondo “son las cinco y media”, no hay la menor duda de que sí se dió una comunicación. Y se podrían citar miles de ejemplos al respecto. La comunicación sí existe y se da por supuesto en la charla cotidiana. Pero al comienzo de estos escritos yo mencioné mi intención de enfatizar el contenido emocional de la cultura y es aquí donde entran a figurar una serie de fallas y obstáculos lingüísticos y metalingüísticos en el proceso de la comunicación.

La gente siempre guarda silencio cuando se trata de hablar acerca de sus temas más privados, más íntimos, en parte porque existe una barrera al respecto. No podemos hablar de lo indecible, lo impronunciable, porque, según la frase de cajón: “no tenemos palabras para ello”. Y si el mensaje, con un alto contenido emocional, logra salir, es igualmente recibido por oídos que han sido condicionados emocionalmente a través de las vivencias de otro individuo. “Actuamos como si comprendiéramos mucho de la comunicación de la otra persona, como si tuviera sentido, aunque para nosotros no lo tenga; esto equivale a decir que sacamos nuestro propio sentido de la comunicación sin sentido (para nosotros) de los demás” (Cooper, 1979:18). Este argumento es igualmente valedero para la comunicación entre grupos. La comunicación entre diferentes grupos de edades, sexos, clases sociales o subculturas diferentes no puede escapar a la siguiente regla. “Yo te hablo en tu lengua, pero te comprendo en la mía”. De todos modos la gente no está tan interesada en lo que se dice sino en el cómo se dice. “El medio es el mensaje”. Y encima de ello no me piden verdades sino mentiras, en lo que necesitan creer. Las personas “no han conocido jamás la sed de la verdad. Piden ilusiones a las cuales no pueden renunciar” (Freud, 1922:2.570).

Deseo proponer a nivel más concreto un análisis detallado del contenido de la conversación en la vida cotidiana. Estas charlas de cafetería establecen temas muy recurrentes como el de deportes, política, oficina, amores, costo de la vida, etc., etc. Pero ello será motivo de una publicación aparte. Sólo me queda aclarar que nunca intenté estudiar o analizar el material de la conversación cotidiana desde el punto de vista puramente lingüístico, ni mucho menos desde un punto de vista normativo. A este respecto con-



LA FUTILIDAD

sidero que "la pureza lingüística ya no es un criterio admisible y las 'transferencias' idiomáticas sólo son condenables cuando sancionan una dominación política, económica y cultural" (Glissant, 1983:8) El lenguaje es un fenómeno vivo sometido a cambios. El lenguaje no lo hacen las reglas de la academia sino que es hijo del uso de los pueblos y se constituye en uno de los principales criterios de identidad cultural tanto de grupo como del individuo. Pero más que realidad, es mentira, es fantasía, es magia, es remodelación de esa realidad o sea arte. Con razón ha dicho Borges "la buena literatura es harto común y apenas hay diálogo callejero que no lo logre" (Borges, 1956:68).

La visión que hasta ahora he dado de los temas de la represión cultural en general, de la sexualidad y de la comunicación, no puedo negar que tienen un matiz negativista o hasta de desespero. No puedo ocultar que personalmente siento estos temas en la misma forma en que los escuché de diálogos callejeros o de autores bien leídos. Pero quiero recordar que estos temas no son ni sombra en el objeto estudiado, la vida cotidiana, sino que, como lo aclaré anteriormente, brotan espontáneamente como características de esa cotidianidad. Precisamente como derivación de esa visión negativa o pesimista sale una sensación de futilidad, de "no hay nada que hacer" en esas conversaciones. Y por eso paso a tratar ese tema.

Anteriormente mencioné el hecho de que la realidad no tenía ninguna obligación de parecer o ser interesante. Que este interés tenía que nacer de mi motivación, de mi relación personal con esa realidad. Cuando se ha tomado distancia emocional o perspectiva cultural con respecto al mundo cotidiano que nos rodea no sólo puede que nos parezca no interesante sino, dada su deshumanización, dado ese paisaje de miles y miles de seres humanos que pierden la vida ganándosela, puede entonces parecer asombrosamente ridículo. Kafka ha dicho "parece ridículo, pero es cierto" (Kafka, 1984:41). El nunca vivió en Colombia. Si hubiera nacido acá sería un escritor costumbrista.

Cuando me dediqué a ponerle cuidado a los diálogos callejeros de la vida cotidiana noté no solamente las distintas categorías en que éstas encajaban (política, deportes, sexualidad, oficina o trabajo, etc., etc.) sino que en no pocas oportunidades el



diálogo se cerraba (para recomenzar a veces) con unas consideraciones filosóficas sobre el sentido de la vida. Cuando noté este proceso de culminación de los diálogos acaté después que algunos sí terminaban con una actitud o exclamación optimista: "bueno, pero ¡¡qué dicha, me alegro tanto!!" o "siquiera, así se va progresando". Pero la mayoría terminaba con frases de cajón de desencanto: "qué le vamos a hacer, así es la vida" o "quién lo creyera, después de tanto bregar y bregar...y esto..." Es a este filosofar negativo en los diálogos callejeros al que he llamado futilidad, como tema de la vida cotidiana. Se me ocurrió entonces asistir como curioso respetuoso a las salas de velación suponiendo que allí se daría más este filosofar al tratarse de diálogos rodeados por el contexto de la terminación de una vida, de la muerte. Si hallé algo de eso pero la verdad fue que encontré pautas de conducta que darán para una monografía aparte sobre el ritual de la muerte en nuestra cultura. Amén de que me pareció que la situación del contexto mortuario pesaba muy decididamente sobre las sombrías consideraciones acerca del "mérito de vivir". Y los dejé de lado.

Regreso pues a la futilidad de la vida en el diálogo entre vivos. Deseo aclarar en primer lugar que he escogido el término "futilidad" (carente de importancia) no para referirme a la valoración que de la vida y su significado se hace en el diálogo callejero. Esta valoración siempre es alta-

mente positiva y apreciada. No, la futilidad está es en los esfuerzos que el individuo hace para vivir su vida como él quisiera. Lucha, pero no lo logra. Es como un juego sin fin. Es el mito de Sísifo, un juego que por el solo hecho de serlo hace más graves las consecuencias. "Sabía que no se trataba sino de un juego, pero esto le aportaba más seriedad al asunto" (Kafka, 1984:163). Un juego en que según el mismo autor "hágase lo que se haga, siempre resulta lo que no hay que hacer" (Kafka, 1984:399).

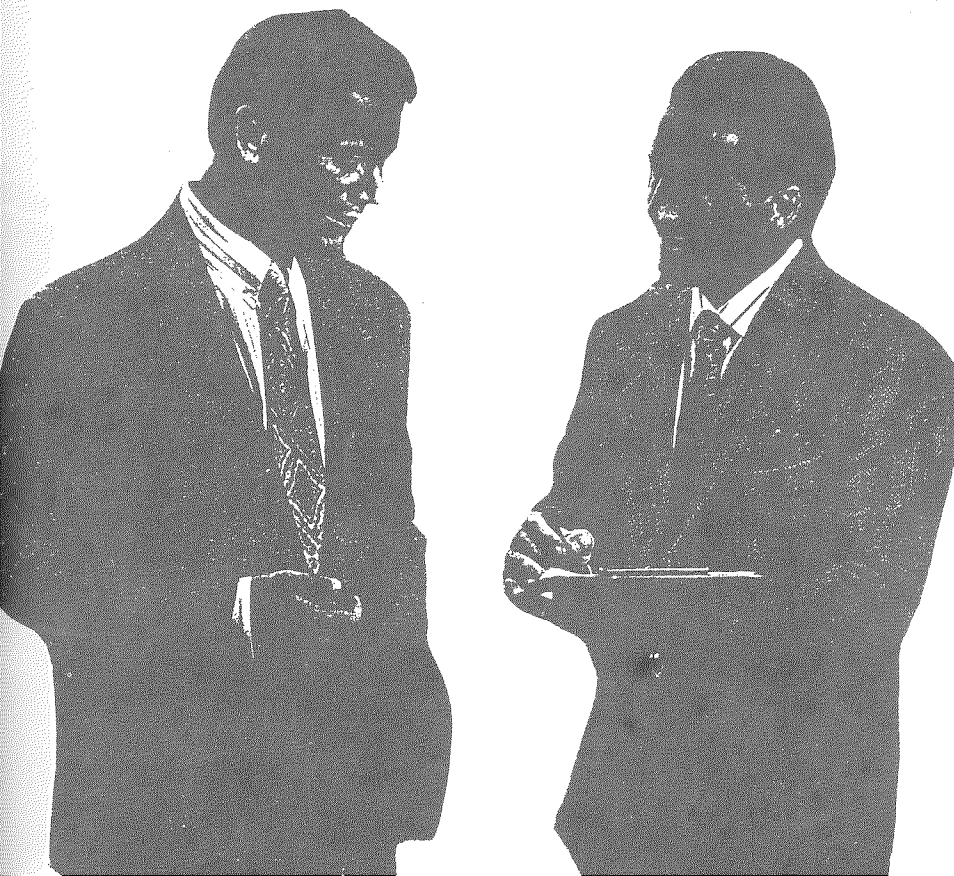
Personalmente creo que esta sensación pesimista en cuanto a lograr la vida que se anhela y ansía vivir se debe a que el hombre individual, cotidiano, casi nunca es sujeto a su propia historia. No sólo está el paso de lo macro-social externo con su ya señalada sed insaciable de dominación y deshumanización (robotización) sino lo macro-social internalizado en el inconsciente. Fue Freud quien nos despertó a la realidad de que el ser humano "ni siquiera es

dueño y señor en su propia casa, sino que se halla reducido a contentarse con escasas y fragmentarias informaciones sobre lo que sucede fuera de su conciencia en su vida psíquica" (Freud, 1922:2.300). Y el peso de lo macro-social externo puede llegar a ser tan apabullante que la vida cotidiana queda alienada; la vida pasa a ser una realidad sin verdad. "Los hombres dejan de ser hombres para convertirse en víctimas de su propio destino. El paisaje es el único testigo de una lenta disolución del hombre en la naturaleza" (García, 1978:46) o sea la muerte. Y en una sociedad como la nuestra, la vida para muchos ha sido un proceso tan vacío de esperanzas que es solamente cuando ya están muertos dentro del ataúd y sólo entonces, cuando ya no pueden o mejor dicho no tienen que fingir más y por fin son ellos mismos!! así sea muertos pero por fin auténticos.

Este pesimismo ante la futilidad de los esfuerzos en la vida es compartido y señalado por muchos autores

"todo sigue su curso ciegamente, de acuerdo con las normas, y nadie llega a ningún sitio... Cada puerta que se abre conduce a un vacío mayor" (Miller, 1960:7-195) o "empezamos a preguntarnos si de hecho vale la pena seguir viviendo con esta espesa masa de condicionamientos a través de la cual jamás emergerá la luz" (Cooper, 1978:41) o me pregunto como Cortázar si "solo estamos aquí para no poder ser" (Cortázar, 1984:74). Se podría ampliar enormemente esta antología de citas y el argumento contrario sería que es igualmente posible traer a colación citas repletas de optimismo. Creo que no es lo mismo. Ya señalé que la abrumadora mayoría (no creo necesario elaborar estadísticas al respecto) del filosofar en los diálogos callejeros se cargaban hacia una evaluación negativa de los esfuerzos o mejor dicho de sus resultados. "Sin fe no ocurre nada de lo que debiera ocurrir, y con fe casi siempre tampoco" (Cortázar, 1984: 477). Y además, muchos de los comentarios "positivos" tienen es un corte moralista y más que referirse a lo que la vida es, se refiere es a lo que ella pudiera ser; tienen un corte esperancista.

Y una cosa muy distinta es señalar el papel que en estos diálogos juega el tema de la esperanza. Bien se ha dicho que "la esperanza le pertenece a la vida y es la vida misma defendiéndose" (Cortázar, 1984:161). Pero es aquí donde está la función salvadora de la fantasía. El anti-yo como conjunto total de ensoñaciones



corrientes que tenemos a sabiendas de que nunca se van a realizar es un mecanismo de defensa emocional para poder sobrellevar la realidad de este infierno. Infierno del peso de la dominación de lo macro-social en nuestra vida cotidiana. Infierno que con su realidad opresora nos obliga a soñar con un cielo mítico que me permite sobrellevar la vida cotidiana enajenada, alienada. "Que el cielo exista aunque mi lugar sea el infierno" (Borges, 1956:81).

A veces, este escape de la futilidad de la lucha en la vida no encuentra un alivio en el canto del esclavo, en la fantasía, sino en la hipocresía que la misma vida cotidiana reviste no pocas veces. Si a la dictadura de la burguesía se le llama democracia; si al monopolio educativo de una religión se le dice libertad de cultos; si a la tierra acaparada por unos pocos se le llama patria; entonces es posible llamar amabilidad a la agresividad de las relaciones sociales. "La violencia y la cólera acechaban bajo tantas palabras corteses. Superficialmente éramos una familia agradable... Allá en lo más hondo, el odio y las rivalidades nos desgarraban, nos destruían, nos mataban. Nuestro amor era amargo" (Barnes, 1974:20)

Balzac, el mejor ilustrador de la sociedad burguesa delata también esa hipocresía, ese afán de aparentar: "admiran a Molière, a Voltaire y a Rousseau sólo por su renombre, compran sus obras sin leerlas" (Balzac, 1837:296). O la descripción bur-

lona que hace Freud de los visitantes de museos: "qué interesante es todo eso -exclama una señora de la buena sociedad que visita un museo -y mira a través de sus anteojos una serie de objetos que la tienen completamente sin cuidado" (Freud, 1922:2.555). La hipocresía en la vida cotidiana es pues otro mecanismo de defensa para ocultar la futilidad de la misma. Es una satisfacción vicaria, no genuina sino aparente. El santo de su devoción es Maquiavelo: "Todos verán lo que aparentas, pocos verán lo que eres".

No pocas veces el peso asfixiante de lo macro-social reduce a tal nivel las posibilidades de expresión del potencial del individuo que este cúmulo de circunstancias adversas y constantes inunda completamente el manejo del cuerpo y el estado anímico de las personas por aquello de que toda tensión emocional, sea o no inconsciente, obligatoriamente se traduce en una tensión somática. Esto es evidente en el porte despersonalizado de muchos individuos en la calle o en sus casas. La vida se convierte en "un estado mórbido... se

percibe la brevedad, la nulidad, la vacuidad de todas las cosas" (Cioran, 1979:29). Es obviamente una sensación fatalista debido no a condiciones patológicas inherentes al individuo sino que nace del reconocimiento de la desfavorable correlación de fuerzas con lo macro-social. Fatalismo que "se impone cuando observa uno a personas tan claramente dirigidas hacia un serkanokaso" (Cortázar, 1984:348). Este fatalismo despierta casi siempre entre los adultos pero desde un punto de vista científico hay que reconocer que el ser humano al nacer ya se encuentra con un contexto sociocultural en el cual él no tenía nada que opinar. Las condiciones del juego ya han sido dadas. "La gran confusión comenzó antes de que yo naciera" (Barnes, 1974:31). Y luego sigue la vida, que para no pocos humanos hechos un pedregal ante el televisor o tomando las grandes decisiones del mundo Marjorie, parece que ella, su vida, no fuera más que un eclipse indefinido. Con palabras más finas lo ha dicho Kafka: "no es usted del castillo, no es usted de la aldea, no es usted nada. tal es pues mi situación, la inestabilidad perfecta" (Kafka, 1984:63).



Otro autor a quien ya he situado en repetidas oportunidades, Henry Miller, dice refiriéndose a estos individuos: "Uno de cada cien mil llegaría a escapar de la maldición general; por lo que se refiere al resto, sería un acto de misericordia que alguien llegara de noche y les cortase el cuello mientras dormían. Creer que aquellas desdichadas víctimas eran capaces de crear un mundo nuevo era pura insensatez" (Miller, 1960:72). La lucha los ha convertido en normalópatas. Su vida privada ya ni existe porque hasta su tiempo de ocio le pertenece al sistema, su emotividad, sus impulsos vitales han sido domesticados totalmente por el conformismo; viven con una conciencia ajena: la que les ha creado el sistema.

Esto permite explicar con mucho el "drama de los jubilados". Se gastaron su vida ganándosela detrás de un escritorio oficinesco manipulando papeles burocráticos, o detrás de una cajilla de banco contando todos los días el mismo dinero ajeno: 10 y luego 18 y luego 20 y 25 años de "servicio". Cuando la pensión de jubilación los suelta (no sin un último remezón burocrático en la Caja Nacional como para que no se les olvide quién es el amo) cuando ya están libres, entonces no tienen la menor idea de qué hacer con sus vidas y no pocos de ellos visitan cada tres meses con no fingida nostalgia las antiguas oficinas de su esclavitud. Ya no son sujetos, no son personas, han perdido su propia definición. "Humanoides que no conservan la menor capacidad de recor-

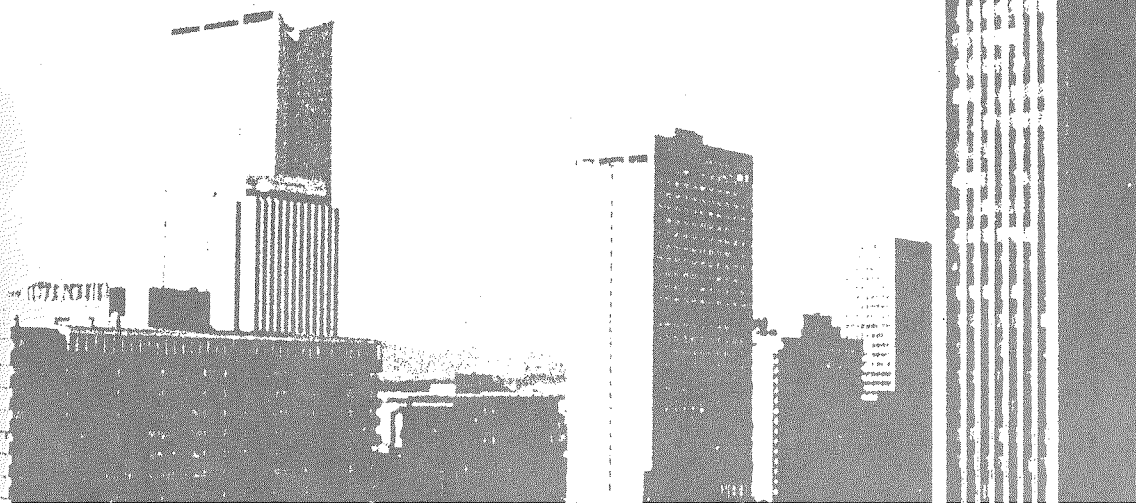
dar un mundo de sueños, imágenes y acciones espontáneas" (Cooper, 1978: 71). Hasta que se los lleva la muerte y se les puede aplicar el epitafio borgiano: "en vida padeció de irrealidad... muerto no es ni siquiera el fantasma que ya era entonces" (Borges, 1956:13).

Estas consideraciones no corresponden al pesimismo típico de un contexto histórico determinado: la situación de la Colombia actual; no, son universales. Desde los orígenes de la humanidad hasta nuestros días el ser humano no ha hecho sino cambiar de formas, los contenidos siguen iguales. Por eso se ha dicho que es necesario que algo cambie para que todo siga igual.

Bien sé que toda utopía (es este caso una vida cotidiana plena, propia, auténtica) no es un lugar para llegar a él sino un motor, una motivación para usar en la vida. No sé, a veces me acuerdo del refrán popular: si la columna no llega al techo, qué importa la altura que tenga.

En los países altamente industrializados la sociedad como un todo ha llegado a ser tan compleja que algunos individuos que han logrado, por diversas circunstancias, llegar a tener una actitud crítica ante la sociedad que los rodea y la perturbadora y asfixiante influencia que tiene en sus vidas cotidianas; estos individuos digo, han iniciado movimientos de "anti-cultura" como es el caso de los hippies. Buscan y a veces encuentran en la complejidad enorme de sus propias sociedades nichos donde esconderse y llevar una vida cotidiana rica, expresiva y sana en medio del caos alienante de la gran sociedad a la cual no enfrentan y no buscan reformar sino que se esconden de ella, no le hacen caso. No es que la ignoren, pues su "anti-cultura" es profundamente crítica de la norma imperante. Son como las palomas que logran esconder sus nidos en alguno de los tantos recovecos de las grandes catedrales góticas.

También deseo agregar que esta futilidad de la lucha en la vida cotidiana es típica solamente de las sociedades urbanas y en parte de las campesinas, ahogados estos últimos por el marasmo del provincialismo que no permite autoexpresión fuera del grupo. Pero en las llamadas comunidades indígenas, u otras comunidades autónomas de pescadores, colonos, etc., la vida cotidiana es muy rica en cuanto permite y exige un amplio desarrollo y experiencias del potencial de cada individuo.



LA FAMILIA

Este fue por supuesto otro de los temas de la cotidianidad que salía a relucir con gran frecuencia en el diálogo callejero. Y una vez más, el contenido de las conversaciones a este respecto hacía saltar en pedazos el precepto normativo de la Gran Costumbre: "hogar, dulce hogar". La gran mayoría de los comentarios que tocaron el tema de la familia eran comentarios referentes a zonas de conflicto: abandono del hogar, malestar permanente, rebelión de los hijos, etc., etc. Es claro pues que una vez más, en el tema de la familia, como en cualquier otro fenómeno se impone la dicotomía entre fenómeno y esencia, apariencias y realidad. "Si no fuera por la mentira, quién sabe cuántos de los llamados hogares ejemplares estarían destruidos" (Franco, 1984: 478). ¿A qué se debe esto, si la relación básica, esencial, más importante del ser humano es la relación hombre-mujer? ¿Por qué fracasa tanto?

¡Es tanto, tanto lo que se ha escrito acerca de este tema! A manera de ejemplo podría mencionar "La muerte de la familia" de David Cooper, o los interesantes escritos que hay sobre los Kibbutz ("Los Hijos del Sueño" de Bruno Bettelheim) pero no es éste el lugar para presentar un resumen analítico de esta literatura. Aquí sólo presentaré la teorización respectiva a la negatividad de los diálogos callejeros con respecto a la familia y mi conclusión de que los dos ejes del conflicto básico en el seno de la mis-

ma giran alrededor de dos núcleos: Las contradicciones en los detalles de la vida cotidiana y el problema de la sexualidad.

El discurso imperante en la cultura, la mitología dominante, habla de la familia idealizándola como un nido de amor. El diálogo callejero se refiere al matrimonio y a la familia como un "aburrimiento lento, lento, lento". Por eso se ha dicho con sobrada razón que: "el problema de la vida conyugal es aprender a dominar el tedio" (García Márquez, 1985:289). Claro está que detrás de esta aseveración se agazapa escondida la posibilidad de la resignación o, por qué no decirle, el cinismo de la catástrofe.

Bien puede ser además que todo lo que se diga acerca de la familia para consagrarla no es sino mero artificio para ocultar su verdadera misión: la primera institución represora de la cultura. Al fin y al cabo la familia es eso: una fábrica de seres humanos sociables y culturizados. "La familia es una micro-sociedad que reproduce en almácigos el sistema que la nutre. La gastada afirmación de que "la familia es la base de la sociedad" adquiere plena validez: lo es porque reproduce todas sus características y porque es la agencia de reproducción de seres humanos condicionados al sistema" (Anabitarte, 1977:29). Podría seguir citando y citando una interminable antología de frases condenatorias sobre la naturaleza oculta de la familia pero no le veo a ello ninguna utilidad y prefiero pasar a comentar acerca de los que anteriormente cité como los dos núcleos principales de conflicto en el seno de la familia: la cotidianidad y la sexualidad.

El problema de la cotidianidad es que se parte de un hecho falso: compartir dos vidas. De esto es de lo que se habla pero la práctica es muy dife-

rente. En una sociedad machista como la nuestra, la mujer renuncia a su vida y la pega como un vagón más al tren de vida de su marido. Pasa a ser o su secretaria, o su sirvienta real, o su sirvienta de lujo, o su objeto decorativo. En casi la totalidad de las familias la mujer pasa a ser "simplemente la esposa de alguien" (Miller, 1960:30). Al casarse la mujer entra en una relación de dominación que la deshumaniza. Pero esto en nada enriquece la vida del esposo pues éste, sin darse cuenta, al convivir con un ser deshumanizado se empobrece y deshumaniza a sí mismo.

Toda realidad es contradictoria (si no, no existiría) pero una cosa son las contradicciones y otra los contrasentidos. Cada que se da una confrontación de esta clase, los dos miembros de la pareja, dado el cúmulo de factores que se oponen a su disolución (separación de bienes, los hijos, el qué dirán, etc., etc.) deciden no afrontar la situación real sino que se busca el chivo expiatorio de algún detalle insignificante de la cotidianidad al cual se le echa la culpa de la confrontación y oculta así la realidad que no se quiere afrontar. Tal vez el mejor ejemplo que se ocurre ahora para ilustrar este punto es el problema del jabón en la obra de García Márquez "El Amor en los Tiempos del Cólera" en la cual la eventual falta de jabón en el baño sirve de base para que "el incidente, por supuesto, les dió oportunidad de evocar otros, muchos otros pleitos minúsculos. Unos resentimientos revolviéron los otros,



reabrieron cicatrices antiguas, las volvieron heridas nuevas..." (García Márquez, 1985:44). Y el problema se queda sin resolver por dos razones: El chivo expiatorio es sólo una máscara, un pretexto y, por lo tanto, su solución no es la solución del problema real. En segundo lugar, el detalle insignificante de la cotidianidad que haya servido de pretexto para la disputa tiene, como lo anoté en páginas anteriores (ver la rutina diaria) la característica de gozar de una tremenda resistencia al cambio, de ser muy rígido, dadas las cargas emocionales inconscientes que los respaldan. Y al poner a estos detalles de la cotidianidad como chivos expiatorios de las confrontaciones domésticas no sólo no se resuelve el problema sino que lo incrementa dada su resistencia al cambio y no pocas veces "el diálogo es reemplazado por el silencio hiriente, la vida se hace insupportable" (Franco, 1984:538).

En cuanto al problema de la sexualidad en el seno de la familia deseo remitir al lector a las anotaciones que sobre este tema desarrollé en las páginas anteriores. Acá sólo deseo concretar unos puntos. Debe recordarse que la función principal de la sexualidad no es la de la procreación sino la del desahogo emocional, la relajación de tensiones. Ahora bien, si se acepta el mandato cultural de que la sexualidad debe satisfacerse solamente dentro del marco matrimonial (y ya se anotó que la Gran Norma a veces exige que sea sólo con fines reproductivos) se puede caer

muy fácilmente en una trampa tendida por la misma cultura: al quedar prohibidas o tabuizadas las relaciones pre y extramatrimoniales, este factor de prohibición aumenta la tensión respectiva y por lo tanto el placer que con su quebrantamiento se logra. Al quedar socialmente sancionado el matrimonio, la prohibición o tabú desaparecen automáticamente, merma la tensión y agoniza la atracción sexual que pasa a efectuarse con un mínimo de pasión, con el agravante de que la esposa encaja culturalmente en el estereotipo de "mujer madre" y no en el de mujer placer. La pasión puede desaparecer del todo cuando no solamente se debilita por ser permitida sino que se la toma como una obligación, o como un deber, sobre todo por parte de la mujer hacia su marido. "Un ser humano que hace objeto de dominación a sus impulsos sexuales, está preparado para aceptar sin extrañeza el papel de dominador o de dominado" (Anabitarte, 1977:31). Un ejemplo típico de estas relaciones es lo que se conoce con el nombre de machismo. Esta pauta cultural que consagra la relación de dominación

del hombre hacia la mujer inunda no solamente la sexualidad sino muchos otros aspectos de la vida. En el diálogo callejero se revelan hombres que se consideran frustrados porque con su esposa no han tenido sino "mujercitas", pero principalmente el hecho de que en esas conversaciones se enfatiza el criterio de que las mujeres nada tienen que hacer "afuera de la casa".

Es pues por estos condicionamientos negativos que la familia que sí debería ser un marco para desarrollar ampliamente el potencial humano se convierte, debido a las citadas trampas culturales, en un contexto de frustración, apatía, desgaste y demás elementos negativos que se exteriorizan en el diálogo callejero sobre la familia.



EL TRABAJO

Es este un tema que obligatoriamente se da en casi la totalidad de los diálogos callejeros que escuché. Y no podría esperarse menos. El trabajo, como actividad que se desarrolla para asegurar el sustento, ocupa más o menos las dos terceras partes de nuestro tiempo de vigilia. Es lo que se ha llamado tiempo obligado. Pero la importancia del trabajo como tema de la vida cotidiana no depende tanto de esta apreciación cuantitativa como de sus aspectos cualitativos sobre todo en lo referente al proceso de enajenación que en él sufre el ser humano.

El trabajo se toma acá como el esfuerzo que tiene que desarrollar el individuo para conseguir de su medio ambiente lo que le es necesario para su física supervivencia y reproducción. Desde esta definición, el robo también es trabajo. Recuerdo aquel ladrón de Barranquilla que después de robar una casa se quedó dormido con su botín en uno de los cuartos de la residencia en cuestión. Fue toma-

do preso y cuando en la cárcel le preguntaron por su actividad de ladrón, él la caracterizó como "una profesión como cualquier otra".

El aspecto cualitativo negativo del trabajo se deriva del hecho de que en la generalidad de los casos, en la inmensa mayoría, los hombres al trabajar no satisfacen sus propias necesidades. Por eso el trabajo enajena.

El salario recibido no es un pago por el trabajo. El salario oculta la relación de dominación y explotación entre el patrón y el asalariado. Sobre este tema se ha escrito ya tanto y no es éste el lugar para desarrollarlo. Sólo deseo aclarar que cuando en la charla cotidiana se toca el tema del trabajo, el diálogo bien puede referirse a temas varios como relaciones sociales dentro del trabajo, naturaleza del mismo, etc. Pero casi siempre la referencia al trabajo lleva es al tema del sueldo. La temática siempre gira alrededor de la quincena que ya se agotó, la que está próxima a llegar o la tan mencionada prima que puede que llegue de un momento a otro. Los comentarios acerca del trabajo, casi siempre son negativos. Se refieren a él como fuente de cansancio, de monotonía, de contradicción. Casi nunca se le valora positivamente. Por eso se ha dicho con justeza que "la necesidad de trabajar es un síntoma neurótico" (Chisholm en Marcuse, 1953:202).

Pero es necesario aclarar que estos temas de la enajenación y la no gratificación que el trabajo representa

están muy lejos de ser patentes a la gente común y corriente. También se da la consideración de "tener trabajo" como una bonificación de la vida. La importancia del tema, por los factores cuantitativos y cualitativos ya señalados, necesita de un tratamiento mucho más extenso y profundo que no he iniciado aún por haberme dedicado a otros temas de la cotidianidad que aparecerán en monografías posteriores.

LA RELIGION

Este otro tema de la vida cotidiana ocurre o se da fuera del contexto del diálogo callejero. A pesar de la importancia del tema en la vida del individuo, no registré ni un solo diálogo que se refiriera a la religiosidad (con excepción de los que alcancé a escuchar cuando activistas cristianos tales como evangélicos, pentecostales, etc., la tratan en calles y parques de manera intencional o exclusiva). Aún más, en repetidas oportunidades registré diálogos callejeros a la salida de iglesias o centros de culto y una vez más, la religión no era el tema que se tocaba en ellos.

¿No será acaso porque las prácticas de los ritos religiosos no tienen tanto que ver con la religiosidad en sí sino que sirven es como pretexto para satisfacer otras necesidades como la de la sociabilidad? Pero de todos modos queda el tema de la religiosidad en sí, que es un fenómeno cultural universal. Y esta universalidad de la religión "indica con suficiente



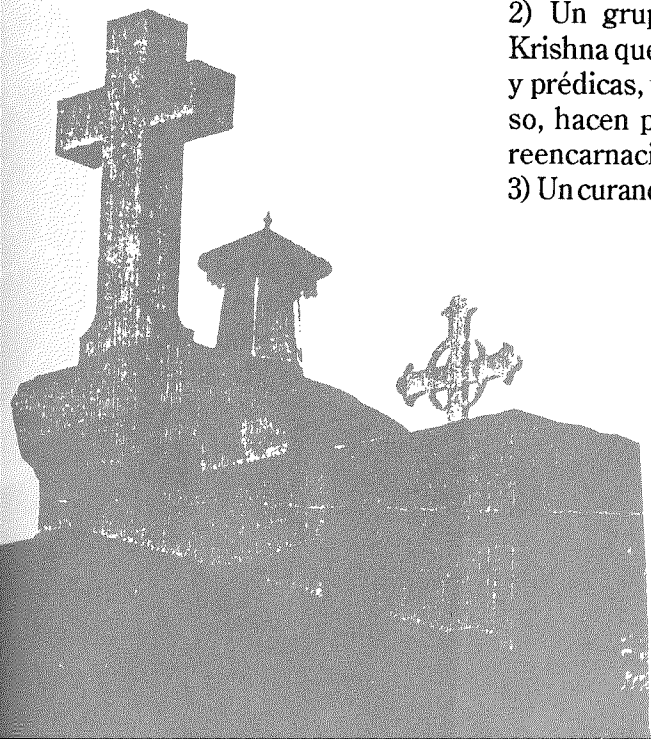
claridad que ella satisface alguna profunda y vital necesidad de la mente humana... El ser humano se sobrepone a su transitoriedad e insignificancia al convertirse, por lo menos en su imaginación, en parte de alguna vida sublime y eterna" (Dobzhansky, 1965:61). Esta universalidad de la religión no se debe ser tomada como criterio de veracidad sino de funcionalidad. Todas las religiones son verdaderas menos para los que se salen de ellas. Su funcionalidad estriba en que ofrece una recompensa irreal para un padecimiento bien real.

Personalmente acepto la teoría freudiana de que "Dios es un sustituto del padre o, mejor dicho, un padre ensalzado o, todavía de otro modo, una copia del padre tal como hubo de ser visto y vivido en la infancia: en la infancia individual por cada sujeto... Y los dioses pueden convertirse en demonios cuando nuevos dioses los desplazan. Cuando un pueblo es vencido por otro, los dioses de los vencidos suelen convertirse para los vencedores en demonios" (Freud, 1922:2.684). Pero no se trata de de-

sarrollar acá una serie de consideraciones teóricas acerca de la naturaleza y papel de la religión en la cultura, sino de la forma en que esta funciona en la vida cotidiana del individuo. Noté al respecto que la creencia generalmente aceptada de que el pueblo colombiano es profundamente católico va acercándose a ser un mito. Existe un acelerado proceso de protestantización en los sectores llamados populares o también del florecimiento de un amplio abanico de manifestaciones religiosas no sólo paralelas sino opuestas al catolicismo tradicional que han venido siendo conocidas como "religiosidad popular".

Valdría la pena anotar que todo ello ocurre dentro de la mayor tolerancia. Tolerancia que puede que no se sienta a nivel oficial (de las distintas jerarquías que controlan estos sistemas de pensamiento y conducta) pero que sí se presenta en la vida cotidiana. A modo de ilustración presento este ejemplo real: en pleno centro de Bogotá, en la plazoleta de Las Nieves, es posible observar en la hora pico de las 5:30 a 6:30 de la tarde en un radio de no más de 30 mts. a la redonda, esta sinfonía de manifestaciones religiosas: 1) una iglesia católica abierta a los fieles y que con sus campanas invita a alguna ceremonia vespertina. 2) Un grupo de monjes del Hare Krishna que al son de música, cantos y prédicas, ventas de libros e incienso, hacen proselitismo acerca de la reencarnación y la vida vegetariana. 3) Un curandero que dos o tres metros

aparte tiene su corrillo de esperanzados en el conocimiento "indígena" o "parapsicológico" para resolver problemas de la cotidianidad. 4) Un grupo de activistas del Partido Comunista Colombiano vendiendo literatura marxista que nos asegura que la religión es el opio de los pueblos. 5) Un grupo de activistas de otro sector político de izquierda, antisoviético, pero vendiendo el mismo mito... y todos, todos ellos juntos, sin peleas ni altercados, sumidos entre la corriente humana que a esas horas inunda las calles centrales de Bogotá.



De estas manifestaciones religiosas de la cotidianidad, las más interesantes a mi parecer son: 1) El acelerado proceso de protestantización tanto a nivel urbano como rural del tradicionalmente católico pueblo colombiano y, 2) el auge de las ya mencionadas manifestaciones de religiosidad popular: nuevas sectas como la de Regina Once (no incluida en el sector de las sectas protestantes); prácticas religiosas católicas no ortodoxas como los cultos a los "santos" en los cementerios populares; el auge de magos, brujos, "profesores" y yerbateros de toda pelambre.

Con respecto al proceso de protestantización ya he señalado que éste se da principalmente en los llamados sectores populares (clase baja y media baja). Para explicar este fenómeno adelanto mi hipótesis de que las condiciones de dominación generalizada en que viven estos núcleos humanos se ha agravado tanto, que ya el mensaje y el ritual católicos tradicionales no tienen mayor funcionalidad. Precisamente las sectas protestantes más activas son los Evangéli-

cos, Pentecostales, Testigos de Jehová y otros, que se caracterizan por su intenso mesianismo y por el alto contenido de catarsis emocional de sus cultos o ceremonias. Es esto lo que los hace más funcionales a las necesidades anímicas de los individuos que a ellos recurren. La misma iglesia católica ha tenido que crear su variante en el movimiento de los Carismáticos del Minuto de Dios, parodiando los cánticos y mayor participación colectiva para penetrar o mejor dicho para no perder terreno en estos sectores de la población.

En cuanto al auge de la religiosidad popular deseo hacer dos anotaciones al respecto. No participo para nada de la opinión de aquellos que ven en el auge de este fenómeno una validación o un criterio de certidumbre en el cúmulo de doctrinas que a ellos van ligados: yerbaterismo pseudo-indígena, mentalismo de toda laya, etc. Creo por el contrario que el auge de estas prácticas, lejos de atestiguar su validez, lo que confirman es el deterioro de la angustia en la vida cotidiana de los individuos, lo cual nos obliga a buscar caminos cada vez más desesperados. El mito es el mito. "El mito hace transcurrir externamente lo que es interior" (Kierkegard en Marcuse, 1969:176). Lo único real son sus efectos: una mayor alienación.

La naturaleza general de la religión no cambia: "puedes llamar fe a lo que nosotros llamamos miedo" (Ibsen, 1981:1.504). Pero la humanidad ha estado sometida a este sistema de dominación idealista, a este irracio-

nalismo, bajo una u otra forma, por miles de siglos y siglos lo cual ha dejado bien hondos sus secuelas en la mente humana. "El irracionalismo no deja de agravarse. La menor encuesta sobre la vida real de la gente revela el papel de la cartomancia, de los brujos y curanderos, de los horóscopos... como que si la gente no tuviera con qué dar un sentido a su vida cotidiana... por eso recurren a las antiguas magias, a la brujería" (Lefebvre, 1972:106).

LA SALUD Y EL CUERPO

Este tema de la vida cotidiana está íntimamente ligado al de la religión. El individuo acude a formas religiosas para buscar desesperadamente un alivio a sus malestares físicos o emocionales.

En realidad todo este andamiaje de salud está basado en el cuerpo, no tanto como entidad físico-biológica sino desde el punto de vista de la concepción cultural que de él se ter-



ga. Pero el cuerpo como realidad física no puede ser negado de ninguna manera al fin y al cabo es la realidad final. Yo existo, sí, pero con mi cuerpo; nunca sin él. Con bastante razón se ha dicho que "la única verdad es el hombre fisiológico, el que no habla, el que no miente" (Unamuno, 1982:132).

Pero ese cuerpo fisiológico, lo mismo que los órganos de los sentidos de él hacen parte, han sido revestidos por la cultura y los conceptualizamos es a través de ella. Por ejemplo: el cuerpo desnudo es un fenómeno totalmente natural, y todos sabemos que lo tenemos como es, pero sin embargo lo hemos tabuizado. Claro que no siempre ha sido así: "El pudor ante la desnudez del cuerpo es un invento relativamente reciente" (García, 1981:39).

El cuerpo no solamente es conceptualizado a través de la cultura sino que sufre las disfunciones de ella. Toda tensión emocional obligatoriamente se traduce en una tensión somática. Por eso se ha dicho con harta razón que "es posible valorar fisionómicamente la calidad de la experiencia acumulada de una persona, la inscripción del sufrimiento en su rostro" (Cooper, 1978:69). Y en respaldo de esta tesis deseo recordar el planteamiento freudiano de que es imposible tener secretos, que aquello que se calla con los labios se delata con el manejo del cuerpo (rubores, tics, poses, actos fallidos, etc.). Sólo es necesario enseñarle a los ojos a ver.

El cuerpo sufre pues es el peso de la cultura. Lo que se llaman "defectos físicos" más que conceptos objetivos son juicios de valor condenatorio. Desde un punto de vista físico un

tuerto sale mejor librado que un ciego. Pero la cultura discrimina contra el tuerto, a él se le considera amargado, doble, desconfiable, agresivo, etc. Al ciego se le considera noble, sincero, sensible, amable. De por sí la palabra "tuerto" es un juicio de valor, un estereotipo, es decir que se refiere más a la actitud emocional que hacia el tuerto tiene la cultura, y no hacia la característica física de la carencia o malfunción de un ojo.

Podría enumerar muchos otros casos de cómo el cuerpo o su funcionamiento natural, enferma no pocas veces es por el papel agresor de la cultura. Sólo citaré una breve referencia acerca de este tema en la relación entre cuerpo y sexualidad: "En realidad todo el cuerpo es capaz de aportar al goce sexual, pero la sociedad de dominación necesita de la mayor cantidad de zonas del cuerpo posibles para adscribirlas al trabajo social... Para encadenar al ser humano al trabajo clasista es necesario mutilarlo reduciendo su sexualidad a los genitales" (Cooper, 1978:69).

El caso es que el cuerpo se enferma. Y ante las dolencias y malfunciones del cuerpo se levanta toda la industria de la salud: médicos, paramédicos, hospitales, farmacias, psiquiatras, etc., etc. La gran cultura nos dice que para aliviar o erradicar esas dolencias. Pero no siempre es así. También está el hecho de que se trata es de incrementar, profundizar y extender los lazos de dominación sobre el individuo creando relaciones de dependencia.

Es claro que este conjunto de relaciones que bien se podría llamar cultura del cuerpo pesa obligatoriamente en la vida cotidiana del individuo. Pero también es claro que el tratamiento de este tema requiere de por sí un esfuerzo mucho más extenso del que yo ahora puedo lograr. Hice por supuesto algunas observaciones al respecto buscando temas de análisis lo más concretos posibles como es el de las automedicaciones. Es común en la vida cotidiana ver a individuos entrar a las droguerías o farmacias a preguntar por remedios. Es cierto que no pocas veces llevan su receta médica, pero muchas veces observé que simplemente le preguntaban al dependiente de la droguería (a veces es este un farmaceuta graduado, pero lo alarmante era que no pocas veces los atendía un auxiliar con categoría de ciclista de entregas a domicilio) y éste recetaba y vendía productos que según su marca sólo deben tomarse bajo prescripción médica. ¿Alarmante? Mejor sería decir asombroso. Se ha asegurado que de todos modos muchos de esos "medicamentos" no sirven para nada, o lo que nos dice Fobregas: "Entre un 30% y un 40% de las medicaciones recetadas no son tomadas por los pacientes; imaginémonos la cantidad de dinero despilfarrado de manera constante y continuada" (Fobregas, 1980:45).



LA DROGA

Es asombroso todo lo que se puede averiguar a este respecto en nuestra cotidianidad. Nunca seguí estas pistas porque no es mi campo, pero no por falta de importancia. Personalmente he estado más interesado en la conceptualización cultural de las "enfermedades mentales", para lo cual me he basado principalmente en la llamada psiquiatría alternativa la cual sostiene que "la persona solo es considerada socialmente como loca cuando, en algún punto arbitrario, deja de conformarse lo suficiente con las convenciones sociales y en este punto en la sociedad burguesa, en este momento de la historia, es cuando entra en acción el aparato médico" (Cooper, 1979:174).

Pero ya mencioné que no seguí esta clase de trabajo. Lo he tocado porque es uno de los temas de la cotidianidad que constantemente salía a flote en forma explícita en los diálogos callejeros. Bien se le podría subdividir en temas más parciales de gran interés, tales como el trasplante al contexto urbano de la medicina tradicional indígena con todo el sincretismo y readaptación y manipulación deshonesta que no pocas veces ello implica. Es un fenómeno muy común en estos días, pero no lo he trabajado.

En el diálogo callejero el tema de la droga y del narcotráfico era otro de los temas que más se mencionaba dadas las circunstancias en que vivimos actualmente. Pero necesito aclarar una distinción que considero pertinente. Una cuestión es el tema de la droga dentro de los ámbitos en que ella funciona bien sea como "mercancía" (narcotraficante) o bien sea en forma de consumo. Este contexto no lo trabajé mayor cosa por limitaciones de tiempo. Y otra cuestión muy diferente es el tema de la droga en la vida cotidiana cuando es tratado como "espectadores" es decir, simples comentarios acerca de los titulares de la prensa sobre los sucesos diarios que tienen que ver con el primer contexto ya mencionado.

En el segundo caso, vale la pena anotar que: "El término 'droga' como muchos otros que remiten el deseo a su peculiar codificación en la escala de valores sociales funciona más como *estereotipo* que como *concepto*" (Fabregas, 1980:43). Deseo aclarar esta diferencia en los términos estereotipo y concepto. Los estereotipos no se refieren a la cosa, al hecho en sí, sino a la postura que hacia ellos tiene el enunciante y que responden a sus intereses moralistas y de dominación; ejemplos de estereotipos serán: negro, pastuso, opita, paisa, etc. Los conceptos sí buscan reflejar lo mejor posible las cualidades propias de la cosa.

En la charla cotidiana, la gente maneja pues, estereotipos, ideologías, y por lo tanto se encubre la verdadera naturaleza del tema de la charla; llevando hacia una doble moral sobre el tema. A esto se refiere muy claramente Jervis cuando dice: "Las drogas más perjudiciales no son las que están prohibidas sino las que son lícitas. El alcohol es un veneno, produce hábito y las consecuencias de su uso en el individuo, en la colectividad y en la vida social son desastrosas. En occidente el alcohol causa muchos más estragos que la heroína. Incluso el humo de los cigarrillos provoca muertes por cáncer en los pulmones e infartos y las personas que mueren por esta causa son mucho más numerosas que los que mueren por ingerir drogas 'prohibidas'" (Jervis, 1978:26).

En la totalidad de las culturas conocidas la humanidad ha utilizado la "droga" u otros medios (danzas o quietud) para entrar en estados de conciencia mucho más activos y profundos que los que permite la conciencia de la vida cotidiana. Algunos autores han querido establecer una diferencia básica entre el uso de las drogas en las llamadas culturas primitivas y en la cultura occidental,

arguyendo que en el primer caso el individuo utiliza la droga para adentrarse más en su mundo, en su cultura, mientras que en el segundo caso o sea en la cultura occidental el individuo consume drogas para escapar de su mundo y de su cultura. Yo no acepto esta diferenciación y creo que por el contrario, en todos los casos, el uso de materias o de posiciones psicoactivas permite penetrar más intensa, extensa y profundamente en nuestro propio mundo. El individuo que toma droga no está escapando de ningún mundo; él ya lo hizo, ya tomó una actitud crítica ante ese otro mundo y ahora pertenece a una de las muchas anticulturas. Estas nacen precisamente como reacción ante la opresión de lo macro-social. Son parte del canto del esclavo al que ya he hecho referencia en páginas anteriores, no importa que se esté de acuerdo con esas anti-culturas o no. No hay que olvidar que debido a las cargas emocionales que toda la cultura tiene casi siempre lo extraño es agresivo. La tolerancia es una práctica desafortunadamente escasa.

Las actitudes condenatorias sólo llevan a reforzar el fenómeno condenado. El ya citado Jervis dice al respecto: "La prohibición de cualquier droga crea automáticamente una cultura antagónica de la propia droga y se incrementa su difusión al tiempo que se criminaliza su uso y se favorece un consumo clandestino" (Jervis, 1978:27).

Y es esto lo que parece que sucede en nuestro medio. Ya mencioné antes que el sólo factor de la "prohibición" incrementa la tensión y por lo tanto la sensación de placer que se deriva de su satisfacción. Pero como lo anoté anteriormente, no tuve ni el tiempo ni la oportunidad de profundizar en este contexto de las anti-culturas de la droga que de por sí dan para todo un estudio al respecto.

Hasta aquí los principales "temas de la vida cotidiana" que yo entresaqué de los diálogos callejeros que tuve la oportunidad de mantener o de escuchar durante estos meses de observación. Por supuesto que hay otros temas que no he planteado aquí. Uno de ellos, el del amor. Siempre resalta en estas charlas pero hay dos problemas metodológicos. Si entablo el diálogo al respecto, la respuesta es mínima pues se le considera un tema de gran intimidad y de tal fuerza emocional (neurótica podría decirse) que no se encuentran palabras para expresarlo. Uno bien podría observar parejas de enamorados y lo primero que se nota es lo reducido o limitado del diálogo. Acá bien vale la

pena recordar lo ya mencionado cuando traté el tema de la comunicación en la conversación callejera: la charla no es un fin sino un medio, un pretexto para mantener a la otra persona ahí, cerca, de frente. ¡Y en el diálogo amoroso sí que es cierto! Se comunica es a través de otro complejo sistema de señales: toques, suspiros, miradas, retiradas, etc. En el diálogo callejero, cuando alguien tocaba el tema, luego venía era un expresivo silencio. Se continuaba con otro tema. Por eso no lo amplió acá.

Se tocaban a veces otros temas, pero se les daba asimismo menor importancia, como el caso del vestido. No hay duda de que se puede llegar a todo un tratado antropológico sobre las prendas de vestir dado lo mucho que ellas simbolizan: sexo, duelo, clase social, profesión, regionalidad, religión, etc., etc. Pero no es ese mi propósito ahora sino el de tratarlo tal como se presenta en la charla cotidiana. Muy poco resalto sobre este tema.

Para terminar quisiera mencionar el hecho de que existen dos variables que necesariamente deben tenerse en cuenta en el estudio de la vida cotidiana: el ciclo de la vida y las clases sociales.

El ciclo de la vida porque la cotidianidad tiene cambios cualitativos muy fuertes según la etapa de la vida en que se esté. Mi experiencia en los diálogos callejeros era que éstos eran muy enriquecedores con los niños, por su espontaneidad, y con los ancianos, porque ya no necesitan disimular nada. Los adultos están llenos de mecanismos de defensa. Tal vez las personas que más información y valoración podrían dar acerca de la cotidianidad y su importancia serían los muertos. ¡¡Lástima que no pude dialogar con ellos!!

Las clases sociales también implican un estilo de vida (menos la clase media cuya característica más sobresaliente es precisamente su falta de estilo propio, su arribismo) y por lo tanto una cotidianidad diferente para cada clase social.

Es obvio que el tratamiento teórico pormenorizado de ambas variables, el ciclo de vida y las clases sociales, requiere todo un análisis por aparte que desarrollaré en próxima oportunidad.

Acá sólo he querido dejar constancia de su relevancia. En el futuro próximo entraré a comunicar una serie de monografías sobre la vida cotidiana en sus aspectos particulares, se tratará de material etnográfico pero siguiendo los planteamientos teóricos acá presentados, puesto que al fin de cuentas de ellos se derivan ♦

BIBLIOGRAFIA

- ANABITARTE, Rivas Héctor. "Homosexualidad y represión sexual". El Viejo Topo. Dic./77 N° 15 Barcelona, España, 1977
- BALZAC, de Honorato. "Cesar Birotteau". Bruguera Mexicana de Ediciones, México, 1969.
- BARNES, Morey Berke, J. "Viaje a través de la locura". Ediciones Martínez Roca S.A., Barcelona, 1974.
- BONTICK, Yrmgard y Mark, Desmond. "Máquinas más Pop igual demasiados decibelios". El Correo de la UNESCO. Nov. 1976
- BORGES, Jorge Luis. "Ficciones". Editorial La Oveja Negra. Bogotá, 1956.
- BURGESS, Anthony. "Preservar el tesoro de las lenguas". El Correo de la UNESCO. Julio, 1983.
- CIORAN, E.M. "Los suicidas prefiguran los destinos lejanos de la humanidad". El Viejo Topo. Nov/71, N° 38. Barcelona, España, 1979.
- COOPER, David. "La Gramática de la vida". Editorial Ariel. México, 1978.
- CORTAZAR, Julio "Rayuela". Editorial Oveja Negra. Bogotá, 1984.
- CHAVEZ, Norberto. "Una feliz coincidencia" En El Viejo Topo. Extra 14. Barcelona, 1977.
- DUBZHANSKY, Theodosius. "Religion, Death, and Evolutionary adaptation". En: Context and Meaning in Cultural Anthropology. Melford E. Spiro (Ed.). The Free Press., N.Y., 1965.
- ESLIN, Jean Claude. "Peter Hanke, el aprendiz". El Viejo Topo. Enero 80 N° 6, Barcelona España, 1981.
- FABREGAS, J.L. "Toxicomanía de Minorías". El Viejo Topo. Enero/80 N° 40. Barcelona, España, 1981.
- FRABETTI, Carlo. "Física y Libertad". El Viejo Topo, N° 38, Barcelona, España, 1979.
- FRANCO VELEZ, Jorge. "Hildebrando". Editorial Bedout. Medellín, 1984.
- FREUD, Sigmund. "Obras Completas". Editorial Biblioteca Nueva. Madrid, 1922.
- GARCIA ESPUCHE, Alberto. "Los usos de la noche". El Viejo Topo. Dic/81 N° 63. Barcelona, España, 1981.
- GARCIA MARQUEZ, Gabriel. "El amor en los tiempos del cólera". Editorial La Oveja Negra, Bogotá, 1985
- GARCIA SANCHEZ, Javier. "Caesare Pavese o el oficio de morir". El Viejo Topo, agosto /78 N° 23 Barcelona, España, 1978.
- HARRIS, Marvin. "Vacaciones, cerdos, guerras y brujas" Alianza Editorial. Madrid, 1980.
- HELLER, Agnes. "La Revolución de la vida cotidiana". Editorial Materiales. Barcelona, 1979.
- JERVIS, Giovanni. "Drogas e Ideología de la Droga". El Viejo Topo. Agosto/78, N° 23. Barcelona a España, 1978.
- KAFKA, Franz. "El Castillo". Editorial La Oveja Negra. Bogotá, 1984.
- LEFEBVRE, Heri. "La vida cotidiana en el mundo moderno" Alianza Editorial, Madrid, 1972.
- MARCUSE, Herbert. "Eros y Civilización". Sarpe S.A., Madrid, 1953
- MARCUSE, Ludwing. "Sigmund Freud". Alianza Editorial. España, 1969.
- MILLER, Henry. "Sexus". Círculo de Lectores. Bogotá, 1960.
- MOREY, Miguel. "Henri Michaux: una crítica a la razón geométrica" El Viejo Topo. Enero/80 NP 40 Barcelona, España, 1980.
- MURRAY, Shafer R. "El Mundo del sonido. Los sonidos del mundo". El Correo de la UNESCO. Nov./ 76
- PONIATOWSKA, Elena. "Hasta no verte Jesús Mío". Ediciones Era. México, 1983.
- RESZLER, André. "La estética Anarquista". F.C.I. México, 1974.
- ROSSANDA, ROSSANA (et. al) "Herbert Marcuse In Memoriam". El Viejo Topo. Oct., N° 37. Barcelona, España, 1979.
- SANCHEZ CASAS, Carlos. "La Vida Cotidiana en Pensamiento Marxista". El Viejo Topo. Extra N° Barcelona, España, 1980.
- UNAMUNO, Miguel de. "Niebla". Editorial Bruguera. España., 1982.
- VARIOS. "Teatro Griego". Círculo de Lectores Barcelona, España, 1982.
- VERDU, Vicente. "La afición a la intimidad". Viejo Topo. Abril/79 N° 31. Barcelona, España, 1979.
- VEZZER, Noema. "Si me permiten hablar. testimonio de Domitila una mujer de las minas Bolivia". Siglo XXI Editores. México, 1977.
- YBSEN, Henrik. "Peer Gynt". Edof. Madrid, 1980.
- YOURCENAR, Marguerite. "Memorias de Adriano". Editorial Hermes. México, 1982.